

Los tambores volvieron a cambiar de ritmo, ahora era un compás lento, fúnebre, mientras el verdugo, con la cabeza cubierta por una capucha negra subía al carromato en el que iba el prisionero que había de ser ajusticiado en breves momentos.

—¡Soy inocente! —clamó el desdichado en un último intento de conseguir clemencia—. Me acusan de algo que no he hecho. ¡Soy inocente!

—¿Es eso cierto? —preguntó el señor Da Cousta como si realmente le importara la justicia en su reino.

—Todos los condenados dicen lo mismo. Pero le puedo asegurar a su excelencia que el individuo ha sido juzgado conforme a nuestras leyes y, conforme a las mismas, condenado.

—¿Y cuál ha sido su delito? —empezó a preguntar el virrey, para inmediatamente desdecirse—. No quiero saberlo, si la ley le ha declarado culpable, culpable será. ¿Qué pasaría si echara sobre mis pobres hombros toda la carga de mi pequeña isla? Demasiado peso que me traería el eterno remordimiento. —Hizo una pausa como

para pensar si aquella palabra estaba siendo bien utilizada, ¿remordimiento él?, ¿por qué?, ¿para qué?—. Para eso tengo a mis abogados y jueces, ¿no es cierto Pombal?

—Cierto, excelencia, y de todos es sabido que la justicia de la Isla de los Corales es la más justa del Caribe y las Antillas, la más justa y la más ejemplar, como en este caso.

El virrey, tras soltar un suspiro de alivio, volvió a tocarse el bigote; esta vez estirando de él como si se tratara de un cordel.

—Gracias, Pombal, me has quitado un peso de encima.

—En tal caso, excelencia —sugirió el ayudante con gesto de preocupación—, ¿qué tal si da la orden de que la ejecución se cumpla?

—Tienes razón, no debemos hacer esperar más al pueblo, como tampoco al mísero culpable que debe abandonar Fortezza lo antes posible con los pies por delante. —Y con un gesto de la mano, al estilo de los césares romanos, bajó el pulgar indicando que no había lugar para la misericordia.

—¡Soy inocent...!

Ninguno de los dos tomó en serio aquellas palabras, preocupados por el herido.

—¡Llamad a Zumbón! Que prepare algo para salvar la vida del capitán.

El *Halcón Rojo* se alejó con viento a favor del *Mousetrap* que parecía anclado en medio de su incendio.

A bordo de este último, Jack Mandrake corrió en busca del cofre que guardaba su pequeño tesoro. La rata asomó la cabeza moviendo los bigotes e incluso hizo una mueca que parecía significar una sonrisa, una sonrisa, eso sí, con dientes sucios y afilados en una boca de aliento pastoso.

Su compañera estaba allí, indemne, no había sufrido el menor daño, no se había alterado con la llegada del fuego, ni los disparos de los cañones.

Sin embargo, cuando escuchó un nuevo retumbar del trueno que se aproximaba con la tormenta, comenzó a temblar y se acurrucó en los brazos de su amo.

—Nada temas, pequeña, el *Halcón* se ha largado de momento. Pero te juro que le daremos alcance en cuanto hayamos apagado el fuego, y

entonces le cortaremos las alas y te daré su cuerpo de ave para que te lo comas.

El roedor dio unos lametones en el brazo herido del capitán Mandrake. Pareció gustarle el sabor de la sangre porque continuó como si aquel líquido fuera el más adecuado para calmar su sed.

Jack pasó una mano por su cara para limpiar el sudor. Y entonces fue él quien se puso a temblar. Bajo el parche del ojo que se había desplazado en la batalla buscó y no encontró. En el hueco de su ojo vacío no había nada, absolutamente nada.

—¡Capitán! ¡Capitán! —Carlinhos corrió hasta donde yacía Simón Xoplo herido.

El muchacho iba a mostrarle algo que había encontrado, pero se frenó ante el gesto de Víctor que le pidió silencio.

Zumbón, tras extraer del pecho la bala, aplicaba al herido plantas medicinales, ungüentos y letanías. Pero la respiración de Simón Xoplo era cada vez más débil.